



XXIII.

En el mes de las Flores.

**O**TRA vez Mayo! el mes de las flores, el mes de mis delicias, el mes de mis encantos, el mes de mis alegrías, porque es también el mes de mi Madre Inmaculada.

¡Oh Mayo! ¡qué lágrimas tan dulces arrancas á mis ojos! ¡qué recuerdos tan gratos traes á mi memoria! ¡qué latidos tan amorosos levantas en mi corazón!

Y como nó, si en tí vió mi alma la luz de la vocación divina que me dió vida, vida nueva y venturosa.

Joven atolondrado, viví sepultado en la densa oscuridad de la culpa; me hallaba en la flor de mi juventud; pero esta flor no re-



cibía el rocío del cielo, ni la benéfica lumbré que de sí despiden los rayos de la gracia: estaba, ¡ay de mí! estaba sumergido en un abismo de tinieblas y ansiaba, salir de él; pero no hallaba una luz que guiara mis pasos y me sacara de aquel caos tenebroso.

Rogué: y á poco ví aparecer en el horizonte de mi vida una Estrella, mucho más brillante que el astro de la mañana; la Estrella de la vocación que alumbró á mi alma con vivísimos destellos; y sus destellos cegaron mis pupilas para que no viera las cosas de este mundo; y el mundo perdió desde entonces para mí todos sus atractivos.

\*  
\*\*

¡Oh María! ¡Oh Virgen de la Estrella!  
¡Bienaventurado el día en que mis ojos vieron tu imagen, y más venturosa todavía aquella noche de Mayo en que soñé que tú

me hablabas y me decías: «¿Dónde vas, ¡pobrecillo! dónde vas por ese camino tortuoso, huyendo de mí? ¿Por qué, ¡ingrato! me has abandonado? ¿No te acuerdas de las flores que me ofrecías en tu infancia, durante este mes de Mayo? Aquí las traigo; ¡míralas! están marchitas, como las que yo hacía brotar en tu pecho; pero marchitas y todo, aún conservan algo de su fragancia. No así las que yo planté en tu alma: todas las arrancaste; no hay ni siquiera una que te recuerde haber sido yo tu enamorada. ¡Qué ingratitud! ¿Cómo te has olvidado de mí? ¿Cómo has borrado de tu alma el recuerdo de una Madre tan tierna? Yo soy la Madre del Amor Hermoso, y de la santa esperanza: yo amo á los que me aman: ámame y te amaré.»

Así me hablaste cariñosa; y mi espíritu se cubrió con un manto de doloroso arrepentimiento, y mi alma lloró de ternura y mi pecho te amó, y mi corazón se unió al tuyo con estrecho lazo, y yo te consagré mi amor y mi vida, porque tú con tus palabras me diste vida y amor.



Desde entonces la frágil navecilla de mi alma boga tranquila, sin temor ni zozobra, por el mar de la existencia, porque no aparta sus ojos de tí, ¡oh Estrella portentosa! Y mientras tú me ilumines con tus purísimos destellos, no hay oleaje que me haga fluctuar, ni tempestad que no pierda sus fuerzas, ni escollo de que no me vea libre: y tranquila mi barquilla pasa por entre ellos, sorteando las olas encrespadas con el timón misterioso en cuyo centro está grabado el nombre de *María*.

¡Oh María! mi alma agradecida se lanza hoy en pos de tí. Permítele que te cante el cantar de tu hermosura, aunque ella sea tan indigna como tú agraciada.

Débil es mi voz, como el trino de ave-cilla enferma; pero la arrancan de mi pecho la gratitud y el cariño.

Recibe, pues, mi canto, Madre amada; yo bien sé que no lo necesitas; pero veo que la rosa criada al pié del arroyuelo, (aunque no la hace falta) recibe con placer la gota de rocío que le envía la aurora; y esa rosa me está diciendo que es tu ima-

gen. Recibe, pues, mi canto, dulce Madre, que es el canto de tu hermosura.

\* \* \*

¡Oh amada mía! Quién pudiera hacer que el mundo entero te alabara rendido, al oír mi acento! No por vanidad insensata lo deseo, sino por hacerte interesante al corazón de los hombres.

¡Mortales! mirad á María, que si la miráis, no podrá vuestro pecho resistirse al amor virginal que ella inspira. ¡Oh! Ella es la más hermosa de las vírgenes de Sión, la más bella de las hijas de Israel, la primogénita ante toda criatura.

¡Qué hermosa eres, Amada mía! ¡qué hermosa eres! Toda la belleza de la creación es tuya ó se ha modelado por tí.

De tí aprendió el mar á rizar sus olas y ondular sus movimientos, viendo tu rubia cabellera mecida por el viento, allá en los días de la creación, cuando el Eterno mo-



delaba la imagen querida de la que había de ser su Madre en el tiempo.

Las fuentes cristalinas y los mansos arroyuelos aprendieron entonces su reposo y sus murmullos de la placidez de tu frente y de la sonrisa de tu semblante.

El iris de los cielos tomó su forma de tus cejas arqueadas, y sus colores de la bellísima lumbré que despiden tus ojos misericordiosos.

Las estrellas del firmamento y el lucero de la mañana pretendieron imitar con sus destellos el plácido fulgor que se desprende de tus miradas.

Las azucenas del valle y el lirio de los campos robaron su candor y su blancura á tus mejillas virginales.

El clavel disciplinado y la encendida amapola tomaron sus matices de tus labios purpurinos.

Las flores de los jardines y la yerba de los prados no tienen más hermosura que aquella que tú les prestas.

La rosa de Alejandría y el aromático

nardo no poseen más fragancia que la que tú les comunicas con tu aliento.

El fruto sazonado, el cáliz de las flores, y la miel de los panales reciben toda su dulzura de las melíferas palabras que pronunciaron tus labios.

El cedro más empinado, la más gallarda palmera, pretenden vanamente imitar tu gentil y esbelto talle. ¡Oh María! hermosura del cielo, gloria de la creación, embeleso del Eterno, y encanto de mi alma! ¡Qué hermosa eres, Madre mía! ¡qué hermosa eres!

Todo el mundo pide hermosura á tu hermosura, y belleza á la belleza de tu rostro. ¡Oh, qué pura es tu mirada! ¡qué risueño tu semblante! ¡qué amoroso tu dulcísimo corazón!

\*  
\*\*

Aquí desfallezco, Madre mía! ¡Oh, si me diera su voz el ángel y el querubín su arpa celestial! Entonces te cantaré en la



soledad de mi celda ó entre los árboles de la huerta; porque el silencio y las plantas convidan á decirte mil amores.

Entonces, ¡oh qué dicha! llegaría tal vez un feliz momento en que mi alma, al són del canto, volara á tí, convertida en un suspiro. ¡Oh quién me diera á mí ventura tanta! La flor agostada sólo desea una gota de rocío; el ciervo sediento sólo busca un arroyo cristalino; y mi alma sólo quiere volar á Tí convertida en un suspiro de amor.

Mas, ¡ay! ya que esto no me es dado, yo ruego al ángel de mi guarda que eleve hasta tu trono este amoroso suspiro, y si él te agrada, recíbelo en tu seno, dulce Madre, y tiende una mirada compasiva sobre el alma que te lo envía.

Y si este cántico humilde es grato á tus oídos, manda tú á la blanda brisa y á los céfiros suaves, que lo recojan en sus alas, y que lo hagan resonar al pie de tus altares. Mándales que lo lleven á la tierra que me vió nacer, y lo repitan delante de aquella imagen tuya que tengo esculpida en mi corazón.

Y vosotros, Angeles del Cielo, batid las alas suavemente, durante este mes de Mayo, y producid en la naturaleza ese vago rumor y ese movimiento embelesante que convida al amor de María.

Y vosotras, hijas de la Inmaculada, cubrid el altar de vuestra Madre con un manto de flores, para que así aparezca más encantadora á los ojos de los hombres. Celebrad su ternura, sus gracias y su belleza. Cantad sus glorias y amadla con ardor; porque cantarle es más grato que los sueños de ventura; y amarla es tan dulce y delicioso como la esperanza del Cielo.







XXIV.

En la Granja de los Álamos.

**R**eponer mi salud quebrantada, y á dar expansión al ánimo abatido con los trabajos y miserias de esta vida, me ha mandado aquí la Obediencia santa; y creo no faltar á su mandato ni á las prescripciones facultativas, recreándome en la contemplación de tus obras, y solazándome contigo, Autor del universo, Dios de mi corazón, y Padre amorosísimo de mi alma! Qué cosas tan grandes ha criado tu poder para regalo del hombre! Cómo se conoce por ellas la profundidad de tu sabiduría, y la intensidad de tu amor!



Alma mía, contempla esta campiña hermosísima

Con sus pinares silvestres,  
sus arroyos de agua pura,  
sus praderas de verdura  
y sus mil flores campestres;

mira estos valles deliciosos, y en ellos verás ráfagas y destellos de la bondad divina.

Porque bien mirado ¿qué es el universo más que un velo misterioso de transparente gasa, tras del cual se dibuja claramente la imagen de su Hacedor soberano?

¿Qué es la naturaleza más que un libro inmenso que en todas sus páginas nos habla de amores, pero de amores divinos?

¿Qué es la creación entera, sino una obra perfectísima que refleja admirablemente los destellos de la hermosura, del poder, de la sabiduría y de la bondad del Creador?

Acaso no son las flores sonrisa del Eterno?

No son los astros reverberos de su gloria?

No son los mares testigos de su inmensidad?

No son los montes reflejos de su poder?

No son las fuentes indicios de su bondad, y los valles emblemas de su hermosura y pregoneros de su amor sin límites?

Oh valles y montés, fuentes y ríos, prados y flores, árboles y plantas! Cuán concertadamente cantais las glorias del Señor! Desdichado el hombre que no percibe en el fondo de su alma las armonías de ese concierto inefable!

Desgraciado el que no toma parte en el himno universal que la creación entona constantemente al Dios tres veces santo!

\*  
\*\*

Las alondras que se elevan ahora pro los aires son nuevos cantores de este universal concierto. Oh Dios mío! quién pudiera volar como esas pardas avecillas que se remontan por el espacio, cantando tu gloria! Allá va esa, volando por lo alto, hasta perderse de vista en la región azula-



da, como si una atracción misteriosa la eleva hacia el cielo. Oh cuán serena está en sus alturas y cuán abstraída de lo que pasa en la tierra!

Aquí el céfiro mece las verdes sementeras y las blancas flores del prado, produciendo en la llanura caprichosas ondulaciones que suben y bajan, formando olas verdes y blanquecinas, como las del golfo de Bengala.

Aquí el viento cimbreá las altas palmeras y sacude las ramas de los álamos, que se mueven acompasadamente, produciendo un susurro delicioso.

Mugén las vacas de leche que pacen en aquel remanso; pita la máquina del tren en la estación de la vía: forman estridentes chirridos los carros que van por el camino; el estruendo de las grandes fábricas unido á la penetrante voz de sus silbatos se mezcla aquí en la vega con el murmullo de las aguas que corren por el arroyo; pero este ruido mundano no llega á las alturas en que está esa aveçilla, nadando en un piélago de luz apacible y cantando himnos inimitables

á Tí, Autor de los mundos y Hacedor de los tiempos.

Dios mío! quién pudiera, como ese pajarito, remontarse por los aires á más altas regiones! Quién pudiera acallar el molesto ruido de sus propias necesidades, el clamoreo insensato del mundo, el grito importuno de sus pequeñas miserias, el bullicio infernal de las tentaciones, y, levantándose sobre todo lo que es tierra, volar hasta tu trono de luz inaccesible!

Oh! cómo se desvanecería entonces para mí el mundanal ruido! Qué espectáculo tan delicioso y agradable me ofrecería entonces el universo! Qué vida tan deliciosa sería la de mi alma sumergida para siempre en el inmenso océano de tu eseneia increada!

Mas ya que no me es dado contemplar ahora esas maravillas, contemplaré estas otras que tu bondad formó aquí abajo para recreo del hombre desterrado, que peregrina hacia el cielo.



La campiña parece que reposa en la mas profunda calma: bandadas de trigueros pican dulcemente escondidos entre las mieses, bulliciosa algarabía mueven los gorriones en los aleros del tejado y en los árboles vecinos; arrulla la tórtola en el bosque, inspirando á mi alma con sus arrullos, amor al silencio y á la contemplación.

Allá divisan mis ojos extensos viñedos, cuyo regalado fruto escondido entre las hojas, comenzará pronto á colorearse y á sazonar: aquí simétricos y erguidos maizales coronados de arrogantes plumeros; al frente inmensos olivares, por entre los cuales serpentea la carretera encerrada entre dos líneas de álamos seculares; y en torno mío, los granados cubiertos de flores, los perales cargados de verdes frutos, las flores del jardín mecidas por el aire...

Aire que al huerto orea,  
ofrece mil olores al sentido  
y las plantas menea  
con un manso ruido,  
que del oro y del cetro pone olvido.

Qué aire tan puro y perfumado se respira en este sitio! Qué hermosa es la vida del campo!

\*  
\*\*

¿Que encantos puede ofrecer el mundo comparables á los de la naturaleza? ¿Harán los hombres jamás algo que pueda ponerse en parangón con la escena que aquí contemplan mis ojos? ¿Habrà algún atrevido que pretenda colocar al arte, por encima de la naturaleza y á las obras del hombre sobre las de Dios? Estúpidos!

¿Cuándo podrá crear el arte, ni la ciencia una sola flor de las que esmaltan esta pradera? ¿Cuándo dar vida á una planta de las que alfombra esta llanura y pueblan los márgenes del arroyo hasta besar sus aguas? ¿Quién será capaz de llenar los espacios de aromas y armonías, de fuerza y de vida, de frescura y de verdor, de cascadas y de fuentes, de vida y de lozanía? Ah! sólo tú, Dios Omnipotente, que llenas de alegría al



mundo con el magnífico esplendor de tus auroras, y le das vida y calor, con el brillo de ese sol que tu bondad hace lucir sobre buenos y malos.

Dios mío, ¿quién no te vé, ó por lo menos te adivina escondido entre tus obras? Ay! yo te adivino, te veo, te siento y hasta creo percibir ecos tuyos, ó voces misteriosas que me hablan de Tí. El canto de las aves, el murmurio del arroyuelo, el suspiro de la brisa, y el zumbido del insecto invisible me parecen rumores de tu voz adorada. La blanca nubecilla que cruza con rapidez el espacio, los irisados matices de las flores campestres, y los brillantes arreboles con que tiñen el horizonte los créspulos vespertinos, me parecen flotantes cendales de tu esplendorosa vestidura.

\*  
\* \*

Mas ya el sol se inclina hacia el ocaso, alargando las sombras de estos chopos seculares; los pájaros buscan con afán alber-

gue seguro en el follaje de los árboles, tomándolos por asalto y exhalando las últimas notas del himno de la tarde; declina el día; se acerca la noche y.....

Las sombras que le preceden  
se apoderan de los valles,  
y sobre la mustia yerba  
gotas de rocío esparcen.

.. . . . .

Suelta el labrador sus bueyes,  
y entre sencillos afanes  
para el redil los ganados  
volviendo van los zagales.....

.. . . . .

Todo es paz! silencio todo!  
todo en estas soledades  
me conmueve y hace dulce  
la miseria de mis males.....

Pero más que todo me consuela, ¡oh Dios mío! el pensar en tí y saber que eres mi Padre, mi Padre que estás en los cielos.



\*  
\* \*

Los últimos reflejos del crepúsculo vespertino iluminan confusamente la cima de los montes, y allá en los confines de Oriente aparece la luna rodeada de vagas y fugaces sombras que guardan entre sus pliegues impalpables los misterios de la noche.

Luchan entre sí la luz del crepúsculo y la de la luna, produciendo al chocar vivísimos reflejos que iluminan los contornos de la lejana sierra, cuyos picachos desafían impávidos las iras de la tempestad.

En el cielo comienzan á vislumbrarse puntos luminosos, que tal vez sean centinelas avanzados de esas brillantes constelaciones que pueblan el firmamento; viveros de mundos que el Eterno lanzó á los espacios para ostentación de su grandeza y asombro de los siglos.

\*  
\* \*

Es la hora en que la campana de mi convento anuncia á los religiosos que se aproxima el momento de comenzar la oración de la tarde. Los sones del metal bendito no pueden llegar con sus vibraciones á este sitio en que me hallo; pero deber mío es recitar aquí el *Angelus*, plegaria dulcísima, místico efluvio del corazón cristiano, oración tierna y poética con que las almas piadosas saludan á la Reina del Cielo al amanecer el día, y al tender la noche sobre la tierra su negro manto de sombras.

Yo te saludo, pues, Virgen María, recordando el momento felicísimo en que el Angel del Señor te anunció la Encarnación del Verbo divino por obra del Espíritu Santo. Acepta mi saludo, mujer llena de gracia, bendita entre todas las mujeres; y en cambio envíame desde el cielo una bendición de Madre y un ángel que guíe ahora mis pasos por la senda de la virtud, y en la hora de mi muerte lleve mi alma á gozar contigo las delicias del Cielo.

